

¿ES POSIBLE EDUCAR LOS AFECTOS?*

Prof. Dra. María G. Amilburu
St. Edmund's College. Universidad de Cambridge

Introducción

Somos testigos y protagonistas en este fin de milenio de un proceso de hipertrofia en el ámbito afectivo. Después del *frío y represivo racionalismo ilustrado*, nuestra sociedad contemporánea celebra el regreso del *emotivismo romántico* una vez que hemos sido *liberados* para siempre de los tabúes de antaño.

El lenguaje ordinario y el académico, la prensa, el cine y los demás medios de comunicación de masas se encuentran saturados de emociones, sentimientos, afectos, pasiones... que se nos presentan en muchos casos como la causa que nos arrastra a obrar irremisiblemente en una determinada dirección (1). Porque, ¿quién puede actuar en contra o al margen de sus sentimientos? "Ahora estoy enamorado de otra persona", "Ya no siento lo mismo que antes"... Estas y otras expresiones similares se consideran en la práctica como justificaciones válidas para obrar, aunque esa actuación lleve consigo quebrantar compromisos libremente asumidos con anterioridad.

Esta situación nos plantea preguntas acerca de la naturaleza y alcance de nuestro mundo afectivo. ¿Qué son las emociones? ¿Podemos vivir una vida plenamente humana prescindiendo de ellas? ¿Son la última palabra a la hora de orientar nuestra conducta? ¿Domino mis afectos o soy dominado por ellos? ¿Es posible una educación de la afectividad? Trataremos de examinar estas cuestiones a lo largo de este artículo.

* Publicado en *Mercurio Peruano*, n. 512, (1999), pp. 3-16.

1. Qué son los afectos

1.1. El verbo sentir: sensaciones y sentimientos

En español -y también en otros idiomas como, por ejemplo, en inglés- el verbo *sentir* se emplea para referirnos tanto a las *sensaciones* como a los *sentimientos*, aunque se trata de fenómenos de naturaleza diferente. Así, podemos afirmar que *sentimos frío* -sensación táctil que hace referencia a la temperatura de los cuerpos- o que *sentimos amor* -afecto que nos inclina a desear el bien a alguien- (2).

La sensación es el acto propio de cada uno de los sentidos externos -vista, oído, olfato, gusto y tacto-, por medio del cual recibimos información acerca de las cualidades particulares de las realidades sensibles.

Esa información es *valorada* por la estimativa, un sentido interno que en los seres humanos recibe el nombre de cogitativa. Esta valoración se basa en la atracción o repulsa que ejerce el objeto conocido sensiblemente respecto de la vida corporal de quien conoce. No se trata de una valoración ética -que no puede darse en los animales- sino una especie de juicio acerca de la conveniencia o nocividad para el viviente del objeto conocido. Así, la misma realidad puede provocar valoraciones diferentes en distintos sujetos, o en diferentes momentos. Por ejemplo, yo *capto* siempre la temperatura del agua a 4 grados cayendo sobre mi piel como *sensación de frescor*, pero la *valoro* como *agradable* en verano y como *desagradable* en invierno.

La realidad conocida sensiblemente y valorada -como beneficiosa o nociva, agradable o desagradable, favorable o perjudicial, atrayente o repulsiva-, provoca en todo nuestro ser, en nuestro cuerpo y nuestra psique, una resonancia a la que llamamos emoción o afecto. Así, podemos definir los *sentimientos* como las perturbaciones de la subjetividad ante la valoración de la realidad y su consecuente deseo o rechazo. Volviendo al ejemplo del agua, en invierno siento frescor (sensación) y desagrado (sentimiento) y en verano siento frescor (sensación) y agrado (sentimiento), porque el agua fría me atrae cuando tengo calor, pero me repele cuando tengo frío.

De lo que hemos dicho se concluye que el mundo afectivo es un ámbito vital que compartimos con los animales: así, podemos afirmar que entre ellos -y entre los animales y el hombre- pueden desarrollarse sentimientos como la ternura, el miedo, la agresividad, etc. Pero nuestra afectividad difiere de la animal porque se trata de una afectividad específicamente humana. Y así como llevamos a cabo algunas actividades

que también realizan los animales -como, por ejemplo, alimentarnos-, sin embargo lo hacemos de un modo peculiar -cocinando, desarrollando un arte gastronómico y ornamental, disponiendo la mesa, reuniéndonos para comidas más o menos rituales, etc.-. Así también la afectividad humana tiene su modo específico de ejercicio.

1.2. Los elementos que constituyen el afecto

En algunos ambientes hay una tendencia a considerar los sentimientos como algo exclusivamente subjetivo y tan privado que nadie, excepto el propio individuo que experimenta el afecto, puede hacerse cargo de lo que está sintiendo. En cierta medida esto es correcto, porque sólo nosotros mismos tenemos acceso inmediato y directo a nuestra interioridad. Pero si los afectos fueran fenómenos *exclusivamente* privados, interiores y subjetivos, ¿cómo podría saber que quien me escucha entiende lo que quiero decir cuando afirmo que siento "vergüenza", que estoy "triste", que tengo "miedo", o experimento un "deseo", etc?

Así, para poder determinar qué son las emociones debemos tomar en consideración tres elementos:

a. El objeto conocido y valorado que causa el sentimiento. Conviene precisar que no tiene que tratarse necesariamente de un objeto físico, ni hay que tener un conocimiento exacto o exhaustivo del objeto, porque en ocasiones no sabemos exactamente *qué* es lo que motiva el sentimiento -como cuando alguien siente temor ante "lo desconocido"-.

b. Las modificaciones corporales que el conocimiento y valoración de ese objeto provocan: reacciones fisiológicas viscerales (alteración del ritmo cardiaco, palidez, enrojecimiento...), musculares (temblores, paralizaciones...) y gestuales (expresiones que varían según las culturas y la educación recibida).

c. La alteración del estado de ánimo, del tono interior. Este aspecto es al que solemos referirnos cuando hablamos de los afectos como algo privado, subjetivo e íntimo.

Para poder nombrar esa emoción que estamos experimentando, y para intentar hacernos cargo de qué es lo que sienten las demás personas, debemos considerar siempre esos tres elementos. De manera que, si alguien nos dijera que siente mucho miedo en ausencia de cualquier peligro, sin presentar ningún síntoma y sin hacer nada para evitar la situación, sólo podríamos dudar de su cordura o de su dominio del castellano (3).

1.3. Clasificación de los afectos

Hay muchos criterios según los cuales se puede establecer una clasificación de los afectos, de acuerdo con las distintas escuelas psicológicas. La tradición aristotélico-tomista, y la psicología de las facultades, ha sistematizado una clasificación que, por su claridad y amplitud, se ha hecho clásica (4).

Teniendo en cuenta el objeto valorado como bueno o como malo -entendiendo estos términos no en sentido ético, sino como placentero o desagradable, como ya dijimos anteriormente-; si el bien o el mal están presentes o ausentes; y si son fáciles o difíciles de conseguir o de evitar, se distinguen once afectos o sentimientos fundamentales:

- **Amor:** designa la inclinación genérica hacia todo lo que se considera bueno.

- **Odio:** es la repulsión, también en general, hacia todo lo que se considera malo.

Estos dos afectos, por referirse al bien y al mal considerados en el sentido más amplio posible, engloban a todos los demás, que son:

- **Deseo:** inclinación hacia un bien que está ausente o no se posee todavía.

- **Aversión:** afecto de repulsa hacia el mal ausente o futuro.

- **Placer o Gozo:** sentimiento que produce la posesión del bien.

- **Dolor o Tristeza:** es provocada por la presencia del mal.

- **Esperanza:** afecto que se experimenta ante un bien futuro difícil de alcanzar, cuando el sujeto cree que podrá lograr su deseo.

- **Desesperanza:** surge cuando se piensa que no se conseguirán superar las dificultades que permitirían alcanzar ese bien futuro, difícil de obtener, que se desea.

- **Valor o Audacia:** se experimenta cuando se ve posible escapar de un mal futuro difícil de evitar.

- **Miedo:** es el sentimiento que surge cuando se considera imposible evitar un mal futuro o un peligro que nos acecha.

- **Ira o Cólera:** es el sentimiento que se produce cuando el mal que era difícil de evitar se hace presente.

Como se ha señalado, ésta no es la única clasificación posible de los sentimientos. Se pueden formular muchas otras atendiendo a criterios de división diferentes. Además hay que tener en cuenta que puede variar el modo concreto de

llamar a cada afecto (los términos "deseo", "anhelo", "ilusión", etc., pueden emplearse como sinónimos); cada uno de estos afectos fundamentales se subdivide en otros muchos afectos secundarios; y en la vida ordinaria los afectos no se presentan químicamente puros: así, podemos encontrarnos en una situación de "tristeza esperanzada", de "miedo gozoso" o, en ocasiones, podemos albergar incluso un sentimiento de "amor-odio" hacia alguna persona. Esto no es más que una muestra de la inmensa riqueza y complejidad del mundo afectivo.

2. El papel de los afectos en la vida humana

Como hemos señalado, la afectividad no es un fenómeno exclusivo de los seres humanos: también los animales tienen su mundo sentimental. Pero el hombre, además de un animal sentiente, es un ser inteligente y libre. La afectividad no es la instancia más alta de aquellas que componen su ser, sino un elemento que hay que integrar junto con las demás dimensiones que lo constituyen.

Desde el punto de vista ético los sentimientos no son ni buenos ni malos en sí mismos: son sencillamente inevitables, ya que no podemos impedir vernos *afectados* por la realidad. Las emociones surgen, están ahí, y pueden ser encauzadas correcta o incorrectamente; lo mismo que la técnica o la energía nuclear, pueden ser bien o mal utilizadas.

En diferentes épocas de la historia de la ideas, se han emitido juicios de valor muy diversos en relación con los sentimientos. Así, no han faltado quienes consideran la afectividad una dimensión nefasta o impropia de la existencia humana que convendría eliminar, neutralizar o por lo menos disimular -basta pensar en los Estóicos, o en la educación británica de corte victoriano-. Otros, por el contrario, han absolutizado las emociones como el único criterio de bondad o de justificación del actuar humano -el Romanticismo y los emotivistas de todos los tiempos-.

Como casi siempre, *in medio virtus*. No es humano intentar ahogar los afectos, como tampoco lo es constituirlos en el elemento clave de la existencia humana. No podemos vivir al margen de los sentimientos, no es conveniente aniquilar ni estrangular esta dimensión de nuestra vida, pero tampoco podemos renunciar a nuestra condición racional.

A la hora de buscar soluciones equilibradas, lo primero que tenemos que hacer es intentar romper el esquema conceptual que presenta una dicotomía excluyente

entre los sentimientos y la razón, entre el corazón y la cabeza, entre el calor del afecto y la frialdad intelectual. No es verdad que amor sea ciego, y no lo es por dos motivos.

En primer lugar porque si, como dijimos en el primer epígrafe, los afectos son el modo de experimentar nuestras tendencias, y éstos se especifican por el objeto conocido, hay que reconocer a las emociones un cierto valor cognoscitivo. Los sentimientos, en cuanto alteraciones de la subjetividad, informan sobre el estado de ésta: en concreto, sobre cuál es la valoración que hacemos de la realidad. Nuestros sentimientos nos informan de nuestra situación en el mundo, de nuestro modo de encontrarnos en él. Sólo sentimos miedo cuando valoramos la realidad como hostil o peligrosa.

Por otra parte, determinadas vinculaciones afectivas dan lugar a un tipo de conocimiento que supone una comprensión instantánea, anticipativa, que se llama conocimiento por connaturalidad, corazonada o presentimiento, como es el caso de las madres que -porque quieren a sus hijos- saben si tienen fiebre antes de ponerles el termómetro, o si les ha pasado algo en el colegio antes de que ellos se lo digan. Y no sólo el amor, también el odio es sapientísimo: precisamente porque Yago odiaba intensamente a Otelo supo encontrar la manera más eficaz de destruirlo: acusando falsamente a Desdémona de infidelidad.

No es posible ni deseable prescindir de los afectos. Lo que realmente importa es conseguir *tener los sentimientos correctos*, los adecuados ante cada realidad -amar lo bueno, sentir aversión ante lo malo, temer lo temible-, y *ser dueños de ellos*, conseguir integrarlos en el conjunto de nuestro proyecto existencial, de manera que contribuyan a que alcancemos nuestro ideal de vida lograda.

2.1. Los sentimientos correctos

Antes hemos señalado que las valoraciones que dan origen a los sentimientos se refieren a lo que el viviente considera beneficioso o perjudicial para su vida biológica, no a lo que es bueno o malo desde la perspectiva ética. La vida animal, que sólo tiene una dimensión biológica, está regida instintivamente por los criterios de apetencia/repulsión que marcan los apetitos. Pero en el caso de los seres humanos, la vida biológica es sólo una de las dimensiones que integran su existencia -aunque constituya el sustrato material de todas las demás-. Los humanos somos libres, y nuestra vida biológica debe ser asumida en una perspectiva ética. Por eso, somos capaces de actuar por razones diferentes o superiores al mantenimiento y desarrollo

de la vida biológica, el confort o el placer. Así, por ejemplo, somos capaces de dejar de comer por motivos estéticos (dieta de adelgazamiento), políticos (huelga de hambre), religiosos (mes del ramadán) o por dar la comida a quien la necesita (solidaridad).

En su libro *Inteligencia Emocional*, Daniel Goleman insiste una y otra vez en que debemos esforzarnos por lograr que se establezca una armonía entre la cabeza y el corazón, o lo que es lo mismo, tenemos que aprender a *utilizar inteligentemente nuestras emociones* (5). Goleman señala que corresponden a la inteligencia emocional las siguientes funciones:

- capacidad de motivación de uno mismo
- perseverancia en el empeño a pesar de las frustraciones
- control de los impulsos
- capacidad de diferir las gratificaciones
- regulación de los propios estados de ánimo
- evitar ser dominados por la angustia
- empatizar y confiar en los demás

Todas estas funciones -dice- son perfeccionables, y por tanto, susceptibles de ser controladas y educadas. ¿De verdad es esto posible?

2.2. El control intelectual-volitivo de los afectos

De acuerdo con la tradición aristotélica, la voluntad es la facultad humana que tiene el dominio sobre las demás potencias, pero el tipo de control que puede ejercer sobre ellas difiere según la facultad de que se trate. El dominio de la voluntad sobre las potencias vegetativas es *nulo*: no podemos modificar nuestra presión arterial o los movimientos peristálticos por mucho que lo deseemos. Las potencias motoras -dentro de los límites de las leyes físicas- no pueden oponer ninguna resistencia a nuestra voluntad: ésta ejerce sobre ellas un dominio *despótico* (si quiero mover el brazo, lo muevo). Sobre el entendimiento y otras facultades, entre ellas los apetitos, la voluntad sólo puede ejercer un dominio *político*, es decir, puede encontrar resistencia y, por lo tanto, si quiere que sus órdenes sean eficaces debe ganar su colaboración.

Teniendo esto en cuenta, se puede afirmar que el la voluntad puede ejercer cierto control sobre los afectos, pero éste no es ni directo ni de tipo despótico, sino un *control político e indirecto*. No podemos modificar un sentimiento por el mero hecho de desearlo, pero como los afectos se desencadenan a partir de un primer momento

cognoscitivo, sí podemos intentar influir sobre ellos, interviniendo sobre su punto de origen (6).

Si deseamos ser señores de nuestros afectos y no estar a merced de ellos, conviene actuar en tres etapas.

a. En primer término, es necesario pararse a considerar: ¿qué me pasa?, ¿qué siento? Se trata, en definitiva, de poner un nombre a ese afecto que tiene unas manifestaciones somáticas concretas observables, e impregna nuestra intimidad subjetiva.

b. Seguidamente debemos preguntarnos por la causa de ese afecto: ¿por qué me siento así? Al hacernos esa pregunta queremos individuar cuál es la realidad conocida que ha hecho surgir ese sentimiento: puede tratarse de algo físico (miedo ante el *fuego*), una persona (amor a un *hijo*), una situación (tristeza por la *muerte* de un ser querido), etc.

c. Una vez identificado el objeto de nuestro afecto conviene considerar si se trata de un bien o un mal real o sólo aparente; un bien o un mal substancial o accidental; sopesar sus pros y sus contras y el lugar que le corresponde en el conjunto de la escala de valores biológicos, estéticos, éticos y religiosos que integran la existencia humana.

Después se debe actuar de acuerdo con las conclusiones de los puntos anteriores. Si se trata de bienes o males aparentes o accidentales, será conveniente reconducirlos al contexto y dimensiones de una escala de valores apropiada. Pero si se trata de un afecto negativo causado por un mal substancial real -como, por ejemplo, la muerte de un ser querido- para salir de la tristeza o ayudar a otros a que salgan de ella, debemos actuar a nivel cognoscitivo: dejar de pensar en ello, distraernos con otras actividades que ocupen nuestra cabeza, porque al modificarse el conocimiento se mitigará la tristeza, al menos durante un rato.

En cualquier caso, conviene recordar la teoría clásica: no cae bajo el dominio pleno de la voluntad *sentir* lo que sentimos y como lo sentimos; pero sí tenemos libertad para hacer nuestros, para asumir o no asumir, -para *consentir*- esos afectos que experimentamos a veces sin querer, o incluso a nuestro pesar.

3. ¿Es posible educar los afectos?

De lo dicho anteriormente, se desprende que es posible la educación de la afectividad. Pero ¿cómo llevarla a cabo? Como todos los aspectos de la formación, la

educación de la afectividad es un derecho y un deber primario de los padres, que pueden ser ayudados en su labor por otras instituciones educativas.

La tarea de la educación de los hijos comienza antes de que éstos nazcan. Hay muchos factores que influyen en el desarrollo emocional del ser humano, como el talante de los padres, el hecho de que sean hijos deseados, sólo tolerados, o incluso evitados positivamente y por ello rechazados en mayor o menor grado, etc. También es determinante el clima afectivo en el que se desarrollan los primeros años de vida, los modelos de comportamiento de los adultos que ven a su alrededor, y la coherencia o discrepancias que pueden encontrar entre los modelos familiares y los que se presentan en los colegios y los medios de comunicación.

La educación de la afectividad no puede plantearse de manera aislada, sino que se debe encuadrar en el marco de la formación integral de la persona porque, como hemos mencionado, los afectos son sólo una dimensión que se debe integrar con el resto de las que constituyen al ser humano. Por ello, en los puntos que siguen a continuación me propongo únicamente delinear a grandes trazos algunas sugerencias que quizá puedan servir de orientación a quienes tienen que llevar a cabo esta compleja y urgente tarea de educar la afectividad de los más jóvenes.

3.1. Lógica y retórica en la educación

Aristóteles es el primer autor en sistematizar una teoría de los hábitos. Señala que éstos no se producen ni por naturaleza, ni contra naturaleza, sino por tener aptitud natural para recibirlos y perfeccionarlos mediante la costumbre, y los divide en dos grupos, según la potencia a la que perfeccionan: intelectuales o dianoéticos - subdivididos a su vez en: (a) *especulativos*: sabiduría, entendimiento y ciencia, y (b) *prácticos*: arte y prudencia-; y éticos o morales -(a) *racionales*: justicia, y (b) *sensibles*: fortaleza y templanza-.

Señaló también que todos los hábitos intelectuales, excepto la prudencia, pueden alcanzar su fin propio al margen de los hábitos morales e incluso sin que éstos existan. Pero como la virtud es lo que hace bueno a su poseedor y buena su obra son los hábitos morales los que llevan el nombre de virtudes con estricta propiedad, y no los intelectuales, que no perfeccionan al hombre en sí mismo sino sólo en alguna de sus facultades .

Hay una irreductibilidad real entre el orden intelectual y el volitivo. Por eso, los razonamientos no bastan para hacer buenos a los hombres: para que se desarrollen

las virtudes, no es suficiente la ciencia sino que es necesaria asimismo la rectitud en el apetito (7).

Por ello, para Aristóteles la educación no se limita a la enseñanza, a la mera transmisión de conocimientos, sino que consiste tanto en el cultivo de la inteligencia como la formación del carácter -formación moral- en el amplio sentido que estas expresiones poseen. Estos dos aspectos están unidos y responden a un concepto de educación integral. Son complementarios en cuanto tienden a la realización del doble constitutivo del ideal de la vida.

Aristóteles ve la educación como la actividad humana que por medio del lenguaje (con recursos lógicos, retóricos y poéticos) es ocasión de suscitar hábitos morales y allanar los obstáculos para comunicar la verdad (8). Considera por tanto necesario apelar a otros recursos además de los meramente lógico-rationales en este proceso educativo. Si el saber especulativo es insuficiente para la formación de buenos hábitos morales, se hace necesario, en cierto sentido, que la acción del maestro no consista en mera docencia o enseñanza sino que, a la vez que enseña, consiga deleitar, mover, hacer verosímil lo verdadero, es decir, debe ejercitar el arte de la retórica (9).

En el ámbito intelectual o científico la investigación puede ser confiada exclusivamente al proceso lógico-razional, pero en la esfera más amplia de la vida humana -que no está regida solamente por las leyes de la lógica, porque es el ámbito de lo incierto, de lo probable, de lo aproximativo-, la retórica, tiene una función importante. En el proceso educativo, la enseñanza teórica y los recursos retóricos se complementan mutuamente, en cuanto éstos últimos pueden ser utilizados como causa instrumental del aprender y suscitadores de la formación moral.

3.2. Medios retóricos en la formación de la afectividad

Es habitual distinguir entre el conocimiento de algo de modo *teórico*, y conocer *por experiencia propia*. Así, es diferente el conocimiento de los síntomas de una enfermedad que puede poseer un médico por haberlos estudiado, y la experiencia de esos mismos síntomas que tiene el enfermo. Al primer modo de conocimiento se le suele llamar *saber abstracto*, y al segundo *vivencia*.

Los jóvenes, en su mayoría, suelen considerar la vivencia mucho más importante que el conocimiento abstracto, e incluso desprecian este último cuando no

son capaces de ver la relación que tiene con alguna de sus experiencias personales (10).

Pero si sólo viviendo se aprendiera a vivir, se aprendería cuando ya es demasiado tarde, y no quedaría tiempo para aprovechar lo que se acaba de aprender. Sin embargo, ¿cómo se puede adquirir la experiencia de lo que aún no se ha vivido? Sólo si se anticipan estas experiencias de modo virtual. Por ello, es importante proporcionar a los jóvenes la oportunidad de adquirirlas, y esto se consigue en gran medida a través de la lectura y el cine (11).

Así, se puede considerar el arte como una potenciación de la vida, que ilumina dimensiones de la realidad aún no estrenadas y abre cauces para vivir lúcidamente lo que sólo oscuramente se presentía. Los buenos relatos son expansiones de la existencia, algo sobreañadido que, igual que algunos sueños, nos hacen sentir cosas que no habíamos experimentado antes, y agrandan nuestro concepto de las posibilidades de la experiencia (12).

Julián Marías afirma que la lectura de novelas o relatos, y la contemplación de ficciones escénicas o cinematográficas son un medio de anticipación de situaciones vitales y de modos de reaccionar ante ellas, y constituyen así una preparación para la vida real. El amor, el honor, los celos, la ambición, el heroísmo, el engaño, nos son accesibles sin haberlos vivido realmente gracias a la fantasía; sabemos lo que son, los entendemos, nos movemos en su ámbito, sabemos reaccionar ante ellos porque hemos hecho el ensayo irreal de vivirlos. Nuestra vida es mucho más compleja y rica porque la multiplicamos por un factor considerable mediante la ficción. La narración, en su sentido más amplio, es un instrumento que nos permite enriquecer fabulosamente la vida, que sin ella sería de increíble simplicidad y pobreza.

De ahí el error de quienes piensan que se pierde el tiempo leyendo novelas o yendo al cine, cuando es precisamente tiempo lo que se gana: tiempo condensado y comprimido, centenares de años, de posibles vidas, mágicamente resumidos y abreviados en las páginas o en la pantalla. Esas gentes olvidan que la forma suprema de educación entre los griegos, de *paideia*, fue la poesía homérica; y hoy es *paideia* también, y de la más profunda, la novela que se lee en el Metro y hasta el cine de sesión continua (13).

La comunicación metafórica que utiliza como recurso retórico la narración de historias, es un medio muy apto para facilitar la interiorización y la conexión de los contenidos expuestos con la experiencia vital de quien los lee o contempla. Por ello, la

narración de historias puede ser un aliado eficaz para educación de la afectividad de personas jóvenes.

Lógicamente, cualquier historia no puede ser empleada con fines pedagógicos, ni todas ellas tienen las mismas virtualidades formativas, por eso su selección requiere conocimientos adecuados y prudencia. William Kilpatrick ofrece en su libro *Books that build character* (14) algunas orientaciones para llevar a cabo esta tarea. Las transcribo a continuación porque considero que pueden ayudar a padres y educadores a seleccionar historias para emplearlas como instrumentos en la formación moral y afectiva:

- Recordar las historias que han tenido un influjo positivo en uno mismo, porque hay bastantes posibilidades de que también sean beneficiosas para otras personas ;
- Elegir libros que sean coherentes con la propia escala de valores;
- Distinguir los libros en los que se trata sobre *temas*, de los que tratan sobre *virtudes*, y seleccionar estos últimos;
- Los libros adecuados para esta tarea se centran más en las *personas* que en los *problemas*;
- Buscar historias que abran nuevas posibilidades y espoleen la imaginación, para facilitar que los sujetos se impliquen en la historia;
- Y desechar las historias exclusivamente moralizantes: es fundamental que las narraciones *sean interesantes*, y no sólo que *tengan mensaje*.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

(1) Para simplificar el discurso, utilizaré los términos "sentimiento", "emoción" y "afecto" como sinónimos, reservando el nombre de "pasión" para los afectos de mayor intensidad. Soy consciente de que se trata de una simplificación que pasa por alto los matices que diferentes escuelas psicológicas atribuyen a cada uno de estos fenómenos, pero lo hago porque no considero imprescindible tenerlos en cuenta en el presente trabajo.

- (2) Una excelente fundamentación antropológica de estas nociones puede hallarse en VICENTE ARREGUI, J., y CHOZA, J., *Filosofía del hombre. Una Antropología de la intimidad*, Rialp, Madrid, 1991, cap. VII, pp. 223-260.
- (3) Cfr. *ibid.*, p. 230.
- (4) TOMAS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q.23, a.4
- (5) GOLEMAN, D., *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 1995.
- (6) Un estudio detallado de la dinámica afectiva y su control puede encontrarse en CHOZA, J., *Conciencia y afectividad. Aristóteles, Nietzsche, Freud*, Eunsa, Pamplona, 1978.
- (7) ARISTOTELES, *Etica a Nicómaco*, II, 9, 1179 b 4-11.
- (8) Cfr. NAVAL, C., *Educación, Retórica y Poética, Tratado de la educación en Aristóteles*, Eunsa, Pamplona, 1992.
- (9) RUIZ RETEGUI, A., *Pulchrum. Reflexiones sobre la belleza desde la Antropología cristiana*, Rialp, Madrid, 1999.
- (10) He tratado más detenidamente estas cuestiones en mi artículo "Cine, narrativa y enseñanza de la filosofía", en *Revista Española de Pedagogía*, (1997), n. 207, pp.303-316.
- (11) GRIMALDI, N., "Aprender a vivir: cine y literatura", en *Propuestas para la consolidación de una cultura democrática*, Fundación Gaztelueta, Bilbao, 1994.
- (12) LEWIS, C.S., "On stories", en *Of this and other worlds*, Collins, Glasgow, 1982.
- (13) MARIAS, J., *La imagen de la vida humana*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1971.
- (14) KILPATRICK, W., *Books that build character. A guide to teaching your child moral values through stories*, Touchstone, New York, 1994.